



OPRAH WINFREY

Directora ejecutiva de Oprah Winfrey Network (OWN); actriz y productora

«Tu legado son todas las vidas en las que has influido. Nos gusta creer que los grandes momentos solidarios son los que dejan huella o los que marcan una enorme diferencia en el mundo, pero en realidad lo importante es lo que haces a diario, cómo usas tu vida para ser luz para otras personas».

Pocas historias norteamericanas de éxito y liderazgo pueden rivalizar con la de Oprah Winfrey. Fue criada en la más absoluta pobreza por su abuela, contratada en Nashville para su primer trabajo en televisión con 19 años y degradada de presentadora a reportera cuando trabajaba en una emisora de radio local en Baltimore. Luego se trasladó a Chicago, donde se convirtió en el personaje televisivo más admirado (y visto) de Estados Unidos durante casi tres décadas. Cuando puso punto y final a su programa

de entrevistas *The Oprah Winfrey Show*, el 25 de mayo de 2011, había ganado varios premios Emmy, su programa se había emitido en más de 150 países de todo el mundo y en los hogares de Estados Unidos tuvo un alcance nunca visto.

Oprah también ha llegado a ser muy influyente en la vida y la opinión pública estadounidense; es la mujer afroamericana más rica de Estados Unidos y una gran filántropa, que ha recaudado más de 51 millones de dólares a través de Oprah's Angel Network. Hollywood no habría podido escribir un guion tan increíble sobre cómo llegar a la riqueza desde la más absoluta pobreza.

Además de su programa de entrevistas, Oprah edita una revista, tiene un canal de televisión y fomenta la lectura a través de su club de lectura, famoso en el mundo entero, gracias al que se han vendido más de 55 millones de libros. En 2007 apoyó públicamente a Barack Obama en su campaña presidencial. Después de su discurso de agradecimiento en la ceremonia de los Globos de Oro de 2018, el hashtag #Oprah2020 fue *trending topic* en las redes sociales. En la actualidad, sigue rechazando presentarse para cargos públicos.

¿Cómo logró todo esto? ¿Cómo consiguió Oprah llegar a ser alguien tan importante y visible en la vida de los norteamericanos?

Sin duda, estaba convencida de querer salir de sus humildes orígenes. Muchas otras personas han tenido sueños similares, pero nadie más ha conseguido lo que ella. Y, en realidad, no necesita su apellido: es como Elvis, Cher, Madonna o Bono; su nombre lo dice todo.

Traté de conocer su perspectiva sobre su vida y su carrera cuando la entrevisté en Bloomberg, en Nueva York, con público en directo, en diciembre de 2016. No es nada fácil entrevistar a una experimentada entrevistadora, pero no me sentí incómodo. Conozco a Oprah desde 2009, que fue mi primer año como presidente del Consejo de Administración del Centro John F. Kennedy para las Artes Escénicas en Washington D. C. Ese mismo año, ella recibió un premio (muy merecido) de este centro. Ningún otro presentador de televisión lo había recibido antes.

Siempre que hablo sobre aquella época me gusta contar esta historia: mi madre me decía, cuando yo estaba aún en la universidad, que había una mujer en la televisión de Baltimore que era tan maravillosa que acabaría marchándose a otro lugar más importante. Yo le decía que eso no iba a ocurrir, porque los presentadores de noticias de Baltimore nunca habían sido tan buenos. Debería haberle hecho caso e invertir en el futuro de Oprah.

Oprah dice que su principal cualidad como entrevistadora es escuchar al entrevistado e intentar entender el impacto de lo que está diciendo. Yo he intentado seguir ese consejo al máximo, pero Oprah tiene una forma única y especial de mostrar empatía por sus entrevistados y por el público, y es precisamente esa capacidad para conectar, de una forma casi visceral, con los telespectadores la que ha hecho de ella una persona tan encantadora, única e influyente.

En realidad, Oprah no necesita un entrevistador para hacerla hablar.

La entrevista la hicimos siguiendo su propio formato y la verdad es que me dio una clase magistral. Le dije que le auguraba un buen futuro en la televisión si ella quería. Y le dije también que podría llegar a ser presidenta de Estados Unidos —tiene todos los requisitos para ser una buena candidata—; pero después me di cuenta, como ella ya sabía por puro instinto, de que ser Oprah es mucho mejor que ser presidenta de Estados Unidos.

DAVID RUBENSTEIN (DR): No la intimida tener público en vivo, ¿verdad?

OPRAH WINFREY (OW): Al revés, me siento como en casa. Es una de las cosas que echo de menos de tener un programa diario.

De vez en cuando alguien me pregunta si echo de menos el programa. Y yo siempre digo que no, pero sí a la gente.

Porque lo que hacía era tener mi propio *aftershow* con el público. Después de cada programa hablaba con ellos media hora o cuarenta minutos.

Al principio firmaba autógrafos cada día. Me ponía allí, delante de la fila, y firmaba unos 350 autógrafos sin levantar la vista. Un día decidí que eso no era lo que quería hacer, lo que de verdad quería hacer era charlar con esa gente. Quería descubrir quiénes eran, de dónde venían. Y se convirtió en mi parte favorita del día.

DR: ¡Vaya!

OW: Era como un grupo de terapia para mí. Y creo que también la razón por la que fuimos el programa número uno durante 25 años.

Yo utilizaba la información que me daban cada día esas personas, que eran nuestro recurso máspreciado, los espectadores, la gente que se había molestado en ir allí con sus tías, con sus hijas o sus primas, y hasta con algunos maridos, que seguramente pensaban algo así como: «Vale, ya he ido al programa de Oprah. Ahora déjame tranquilo por lo menos dos meses».

DR: El programa se emitió en Chicago durante 25 años, ganó casi 50 veces el Emmy y fue elegido uno de los mejores programas en la historia de la televisión estadounidense. Pero al final lo dejó para hacer otras cosas. ¿No se arrepiente?

OW: No me arrepiento para nada. No quería acabar sonada y que llegara un día en que no me acordara de lo que tenía que decir. Con los años llegamos a ser nuestra peor competencia. Cuando en 1986 estrené mi programa de entrevistas, pensaba después de cada episodio qué haríamos en el siguiente.

Me di cuenta en un par de años de que cuando se trata de tu carrera la corres mejor que nadie. Es decir, si te dedicas a ver qué hacen los demás, te quedas atrás. Yo iba a ser mucho mejor siendo yo que intentando ser otra persona. No debes compararte con otros.

En cuanto caí en la cuenta de eso nos marcamos nuestro propio ritmo y descubrí que aquello no era tan solo un programa, sino una plataforma a través de la cual hablar al mundo. Fue hacia 1989 cuando pensé: «Está bien, ¿qué quieres decirle al mundo? ¿Cómo quiero que me utilice la televisión y cómo quiero utilizarla yo?».

DR: ¿Qué la lleva a trabajar tanto? ¿Por qué ha decidido trabajar ahora incluso más que antes?

OW: Lo que me ha funcionado todos estos años —tanto trabajando en la revista, que sigo teniendo, como antes, en el programa— ha sido saber que hay un denominador común en la experiencia humana; yo quiero lo mismo que usted y usted quiere lo mismo que aquel otro.

Lo que todos queremos es vivir la máxima expresión de nosotros mismos como seres humanos. Y esto no termina hasta nuestro último aliento. ¿Cuál es tu máxima aspiración? Con independencia del momento de tu vida en el que estés, siempre hay un siguiente nivel, siempre, hasta tu último aliento.

Siempre supe que dejaría de hacer el programa cuando sintiera que había dicho todo lo que podía decir en esa plataforma y me plantease para qué serviría a partir de entonces.

DR: Ahora, echando la vista atrás, hacia todo lo que ha logrado —y sabemos que le queda un largo camino por delante para lograr mucho más—, ¿de qué se siente más orgullosa?

OW: Tengo una escuela para niñas en Sudáfrica de la que acabamos de celebrar el vigésimo aniversario. También tengo chicas de Brown, Stanford y Elon, por todo Estados Unidos, que van a la escuela.

Lo que siempre he querido hacer es ayudar a las chicas, porque yo fui una niña pobre y sé lo que se siente. Sé que cuando cambias la vida de una niña no solo cambias la suya, sino también la de toda su comunidad, porque las niñas volverán con su familia, a su comunidad.

Eso fue lo que sentí que debía hacer un año después de estrenar mi programa de televisión. Una mujer de Ann Arbor, Michigan, me escribió una carta que figurará en mi testamento. No tendré lápida, pero si no me incinerasen y la tuviera lo mandaría escribir en ella. Decía: «Oprah, verte ser tú misma cada día me hace querer ser más yo misma». No conozco nada mejor que esta frase.

Tu legado son todas las vidas en las que has influido. Nos gusta creer que los grandes momentos solidarios son los que dejan huella o los que marcan una enorme diferencia en el mundo, pero en realidad lo importante es lo que haces a diario, cómo usas tu vida para ser luz para otras personas. Y de qué modo utilizas tu trabajo como una expresión de tu arte, cualquiera que sea.

DR: Usted viene de una familia muy modesta.

OW: *Modesta* no es la palabra; yo era pobre. Muchas niñas de mi escuela —de hecho, todas— son pobres. Hace poco estuve en Sudáfrica para una graduación y les dije: «Todas venís de las mismas circunstancias. Todas sois pobres».

Una de las chicas levantó la mano y dijo:

—No me gusta usar esa palabra. Yo le respondí:

—Si no fueras pobre deberías disculparte, porque yo te pago para estar en esta escuela porque eres pobre.

No tengo ningún problema con la palabra pobre, no me avergüenza. Al principio de mi carrera sí me molestaba. Pero era pobre, David, no tenía agua corriente, ni electricidad, y tenía una letrina; eso es ser pobre.